LA NOVELA CON REGALO

10 cénts. LO INESPERADO por **Carmen de Burgos Seguí (Colombine)** **Núm. 5**

Año I — 11 Noviembre 1916 — Núm. 5

La Novela con Regalo

REVISTA SEMANAL LITERARIA

:: Todos los JUEVES publicará una novela INÉDITA ::

Director: VICENTE FERRER SANTACATALINA

COLABORADORES FIJOS

Jacinto Benavente.—Jacinto Octavio Picón.—Palacio Valdés.—Joaquín Dicenta. Vicente Díez de Tejada.—Pío Baroja. Miguel de Unamuno.—G. Martínez Sierra. Manuel Linares Rivas.—Ricardo León.—Pedro Mata.—Eduardo Zamacois.—Cristóbal de Castro.—Carmen de Burgos (Colombine).—Concha Espina de la Serna.—José Francés.—Antonio de Hoyos y Vinent. Juan Pérez Zúñiga.—José Juan Cadenas. Prudencio Iglesias Hermida.—Eugenio Noel.—Pedro de Répide. Emilio Carrere.—Augusto Martínez Olmedilla.—Luis de Tapia. Benigno Varela. Diego San José. Federico García Sánchiz. Emiliano Ramírez Angel. Vicente Fe Castell. Ramón Gómez de la Serna.—Luis Esteso.—Bernardo Morales San Martín.—Carlos Fernández Orruño. Luis Antón del Olmet.—Fernando Mora y Andrés González Blanco.

ADMINISTRACIONES

MADRID: MANUEL FERNÁNDEZ.—*Paseo Recoletos, 14.*

BARCELONA: MILLA Y PIÑOL.—*Bárbara, 15.*

VALENCIA: VICENTE PASTOR.—*Victoria, 11.*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Semestre..... 3 ptas. Año..... 5 ptas.

Número suelto, 10 céntimos

La semana próxima publicará

BAJO OTRAS PATRIAS Y OTROS CIELOS

por Prudencio Iglesias Hermida.

En el número 7.°

AQUEL DÍA EN QUE MORRAL...

por Benigno Varela.

En el número 8.°

POR UN COLLAR DE DIAMANTES

por Diego San José.

Prohibida la reproducción del texto.

Lo inesperado

NOVELA INÉDITA

POR

Carmen de Burgos
"COLOMBINE"

I

La visita de Luisa intranquilizaba a Rosario. Aquella amiga turbulenta que se introducía en su vida la llenaba de una inquietud desconocida hasta entonces.

Aunque apenas hacía dos meses que conocía a Luisa, ésta era de esas mujeres francas e insinuantes que llegan en seguida a la confidencia, y que, valida de la condición de paisanas y de sus relaciones de familia, la trató desde el primer día como una amiga antigua.

Rosario hacía ya muchos años que había abandonado su provincia para establecerse en Madrid, buscando un cambio

de ambiente que le hiciese más soportable el dolor de su prematura viudez.

Poco a poco la había ganado el ambiente de la corte, las nuevas costumbres, hasta llegar al olvido de cuanto constituyó su vida durante largos años. Esto le ocasionaba a veces algo de remordimiento. Era como una ingratitud consigo misma; una falta de ecuanimidad, en la que parecía que la memoria del marido muerto y de los padres ausentes la reconvenían por un olvido tan completo.

Tal vez, como una disculpa, a la que le obligaba este sentimiento, Rosario, joven, bonita y rica, no había hecho uso de su libertad y de sus condiciones para divertirse o llevar una existencia brillante.

Se había formado un círculo de amistades serias, de señoras respetables, y siempre cuidadosa de las apariencias, llevaba la vida severa, austera, tan inocente y tan monótona como si permaneciera en su provincia.

Doña Petra era su amiga íntima, una señora anciana, solterona, que había sido amiga de sus abuelos y que a pesar de su gran fortuna vivía pobre y estrechamente en un modesto piso de nueve duros mensuales, con una sola criada, que bastaba para todos los menesteres de lavado, planchado y costura.

Luisa era sobrina de la anciana; su marido la había dejado ir a pasar una temporadita al lado de la tía, con el pretexto de reposar y reponer la salud, pero en realidad, para no perder el afecto de la buena señora, ahora que se acercaba el tiempo de hacer el testamento.

Como Rosario era la amiga más elegante y bien relacionada de doña Petra, a ella le presentó su sobrina, y desde el primer momento se unieron en una estrecha amistad.

Luisa estaba encantada de Madrid. Su ideal sería vivir allí siempre; sentía el terror de volver a aquellos días de su provincia, iguales unos a otros, idénticos, sucediéndose sin variación, tan largos, tan interminables, que ofrecían el fenómeno de no ser más que un día solo; de tal modo se confundían en su inmovilidad, en su pesantez. Eran días semejantes a los que deben transcurrir para los confinados en cárceles y presidios. Sentía que las personas sujetas siempre a la misma vida repetida y sedentaria, que no pueden romper, eran, dentro de su pequeño círculo, confinados con apariencias de libertad.

Su cambio de existencia, su posibilidad de todo, la deslumbró como una afirmación de su libre albedrío. Se entregó ansiosa a toda aquella vida nueva que se le ofrecía; experimentaba curiosidad de todo, anhelo de movimiento, de vértigo, de ansiedad. Fué para ella una sorpresa hallarse en un mundo donde el ser casada no era obstáculo para gozar de todas las diversiones y sentirse objeto de galanteos. Se apoderaba de ella una embriaguez que le hacía multiplicar su actividad: amistades, teatros, bailes, paseos y la constante ocupación de recorrer tiendas, visitar modistas y revolver perfumerías donde le ofrecían remedios de una maravillosa y eterna juventud.

—Es preciso que tú me ayudes—le decía a Rosario.—Es preciso engañar un poco a la tía para que no se asuste de que me divierta. Ya ves que no hago ningún mal... pero la pobre tiene otras ideas.., En qué me he visto para que me deje salir sola. Se cree que soy una niña de catorce años y tengo ya hijos más altos que yo.

Se dejaba Rosario sugestionar por aquel exceso de vida,

aquel desbordamiento de deseo de goces de su amiga para prestarse a sus caprichos.

—Es como si yo hubiera estado metida en una caja—decía ella—y hubieran levantado ahora la tapadera para salir de la obscuridad al sol, en medio de la ronda que danzan las gentes agarradas de la mano.

Lo decía todo con un gesto gracioso, infantil, de chiquilla mimada, envolviendo a Rosario en su turbulencia, aturdiéndola con sus besos y sus caricias para ceder a todos sus caprichos.

Pequeña, redonda, de formas marcadas con tal precisión que parecía una linda mujercita de cera, propia para colocarle los sombreros de novedad en un escaparate de moda, la figura juvenil de Luisa rimaba con sus movimientos seductores y ligeros. El rostro de tez morena, el cabello negro, ensortijado, brillante como los ojos, grandes, que parecían animados por un brillo de fiebre, que ardía también en sus labios de un rojo bermellón.

Era un tipo tan femenino, tan sensual, tan puramente de mujer de carne, que daba la perfecta sensación del instinto animal que incita a la vida y al goce en toda plenitud de despreocupación y libertad.

En su afán de confidencias, se lamentaba con Rosario de su casamiento tan prematuro, al que había ido con esa inconsciencia de las muchachas que se casan porque se tienen que casar, con el primero que seriamente las solicita, y no tienen idea del matrimonio ni del amor.

—¿Pero no amabas tú a tu marido?—preguntó Rosario.

Luisa vaciló.

—Sí... lo amaba... ¡Natural!... Debía amarlo... pero es

mucho mayor que yo... No es que sea viejo...; un carácter distinto.

—¿No es bueno para ti?

—¿Bueno?... ¡Ya lo creo! ¡Un santo! Un verdadero santo... Yo preferiría que no lo fuese tan...

—¡No te comprendo!

—Es difícil... Mi marido es buenísimo... pero no me hace feliz.

—¿Por qué?

—Cuestión de carácter. Es apático, indiferente; no se ocupa para nada de mí.

Y Luisa desplegaba delante de su amiga todo el panorama de su vida. La hacía ver el contraste entre su carácter ardiente, turbulento, infantil, con una vehemencia que la proximidad a los treinta años no había logrado amenguar, cerca del marido apático, descuidado, displicente; que la miraba de un modo semipaternal y no se cuidaba de ella para nada. El pasaba el tiempo en un bufete, en su trabajo y en sus estudios. Lo poco que le quedaba libre era para la caza; un cazador empedernido, al que le gustaban toda clase de partidas cinegéticas: codornices al vuelo, perdices con reclamo, conejos con hurón y liebres a la carrera.

Se gastaba, lo que otros difrutan con sus familias en teatros y diversiones cultas, en mantener todo aquel apero de pájaros, perros y escopetas.

Luisa afirmaba que esa clase de deporte embrutece a los hombres y los hace bruscos, insociables, a propósito para vivir en las cavernas.

Ella se pintaba toda clase de ensueños, de romanticismos, de ansias de ternura, de caricias, que el marido no adivinaba

siquiera; su calma indiferente y continua la exasperaba. Hubiera querido mejor un hombre que se ocupara de ella, que la mortificara a veces, que la hiciera sentir tempestades de celos, de pasión, para luego reconciliarse, hacer las paces...

—Yo soy tan chiquilla—decía...—tengo ansia de jugar... de vivir...; quisiera que me pegara... y que me besara mucho.

—Pero ¿y tus hijos?—preguntaba Rosario, sorprendida por la vehemencia pasional de su amiga,

Ella sonreía triste.

—¡Mis hijos! ¡Hijos de mi alma! Los adoro... pero el cariño de los hijos es otra cosa... No influyen en nuestra pasión. Es como cuando a ellos les llega el día de enamorarse, no piensan para nada en los padres... y no por eso los quieren menos. Ellos tienen libertad de expresar que aman. Los padres están obligados al disimulo o a la renunciación.

Con lágrimas en los ojos narraba sus tormentos de incomprendida. Su maternidad de chicuela no tenía ese reposo de la maternidad en la madurez. Sus hijos querían más al padre, lo respetaban más, y si alguna vez ella se quejara la creerían injusta o se reirían.

—Hasta mi tía me ha dicho—exclamaba en el colmo de la desesperación—que sería mejor que me muriera yo, que no el que me quedara viuda de un hombre tan ejemplar. Pero—añadía con una brusca transición y un malicioso mohín rebelde—no estoy por ese gusto. Es mejor que se muera él... Lo aborrezco... lo aborrezco.

Veía Rosario que se iba engendrando un odio en el espíritu de aquella mujer por el miedo de su esclavitud, y dejándose ganar por la confidencia, preguntó:

—¿No has amado a otro?

Luisa escuchó la pregunta como la cosa más natural.

—No. Joven, sola, trasluciéndose para el que sea un poco observador la ansiedad de pasión que hay en mí y el poco caso que mi marido me hace, no me han faltado pretendientes. Yo no he amado a ninguno... he tenido miedo... no me he atrevido... ¡Quizás porque no es bastante malo para incitarme a la venganza!

II

Un día, cuando menos la esperaba Rosario, Luisa apareció de repente. Se precipitó en sus brazos como un torbellino.

—No te muevas... no te molestes... tenía miedo de no encontrarte—exclamó con su turbulencia habitual.—Hoy necesito de ti.

—¿Qué deseas?

—Un favor... un gran favor.

—¿Cómo?

—Es sencillo para ti... ya te explicaré... tengo que irme... Se trata sólo de que si vienen a buscarme crean que he salido contigo, que he pasado la tarde aquí.

—Pero...—quiso protestar Rosario sorprendida.

—Yo te lo explicaré... Mañana a primera hora me tienes aquí... Me confío a tu amistad... Ahora ya sabes... que he estado aquí toda la tarde... desde las tres.

Y casi sin esperar respuesta besó ruidosamente a su amiga en las mejillas y escapó.

Rosario se quedó sorprendida y disgustada. Le parecía

que las confidencias de Luisa empezaban a tomar un carácter de misterio, de obscuridad, de cosa tenebrosa, y en cierta manera se sentía ligada a ella como un cómplice de una intriga que no adivinaba, pero que presentía. Ella había tenido siempre una vida serena, digna, que no autorizaba a su amiga a una confidencia que encerrase el concepto de una moral fácil. Quizá había sido demasiado condescendiente oyendo las quejas de chicuela que se le escapaban a Luisa contra su aburrimiento y sus decepciones conyugales, y que ella creía sin transcendencia.

Ahora no le cabía duda de que Luisa buscaba la satisfacción de sus anhelos de un modo menos romántico, enredándose en algún galanteo vulgar. La inmoralidad de su amiga la indignaba. Quizás tendría razón frente al marido, que Rosario concebía al través de sus descripciones como un tipo descuidado, sucio, inconsiderado. Un tipo grosero de esos que creen tener en la mujer un mueble y no se ocupan para nada de su espíritu. Disculpaba a Luisa por algo de solidaridad de sexo. En lo que no encontraba justificación a su amiga era respecto a sus deberes de madre. Como ella no había tenido hijos, exaltaba más aún el sentimiento y el lirismo poético que entroniza la maternidad. No era lo bastante humana para separar la pasión de la mujer de la absurba pureza que exigía de la madre.

Quizás todos al recordar a la madre la recuerdan en falso. O es la madre que ha muerto prodigando caricias al hijo pequeño, que guarda una idea de pureza, sin haberla podido conocer, o es la madre ya madura, depurada, celosa de su dignidad. Los hijos no conocen a la madre en su aspecto de mujer joven y pasional.

Pero la mayor preocupación era doña Petra. Si la anciana se enteraba de los devaneos de su sobrina, ¿qué situación se le crearía a Rosario? La creería quizás la encubridora, quizás la causante de todo aquello, justificando ese deseo natural de las familias que disculpa los devaneos de los que ama por la influencia nefasta de las amistades.

Aparentemente no le faltaría razón. Ella había sido la amiga de Luisa, la que la había presentado en sociedad, la que la había relacionado. Si su devaneo no era con un desconocido, hallado en la calle, tenía que ser con un amigo suyo. Recordaba cuantos la habían galanteado y se arrepentía de la imprudencia con que había aceptado algunos obsequios cuando iban juntas. Había para desconfiar de todo; había sido imprevisora al no adivinar a lo que una amiga como Luisa la exponía. Estaba inquieta, nerviosa, decidida a romper aquella amistad.

Cuando llegó Luisa a la mañana siguiente, estaba aún dormida; la joven penetró en su alcoba con su aturdimiento habitual.

—¡Dios mío! ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan seria? ¡Y yo que venía tan contenta!

No pudo ser severa, compadecida de la infantilidad de Luisa.

—No se puede ser noble y obrar con lealtad—decía ésta con su carita de chica picaruela, muy compungida.—Nos hacen hipócritas a la fuerza.

Le explicaba a su amiga que no había tenido razón de alarmarse. Una tontería sin importancia; un paseo sentimental con un hombre que la respetaba, el encanto de una tarde, de esas tardes tan opacas, tan melancólicas del otoño de Madrid, paseando por las arboledas de la Moncloa.

Después, pasando con ligereza a otro tema, Luisa desenvolvía el periódico que llevaba en la mano. Era el último figurín que acababa de llegar. Quería consultar a su amiga para comprar un patrón y que la costurera de su tía le hiciese en casa unas blusas. Atraídas por la sugestión de sus proyectos, las dos amigas lo olvidaron todo Hojeaban el periódico sin encontrar nada a su gusto.

—Estas mangas Reglón no me sientan bien a mí que soy pequeña y gordita.

—Aquí tienes otra blusa estilo camisero.

—Es demasiado sencilla.

—Esta de rayas te irá bien; alargan la figura.

—Mira; el que es precioso es este vestido.

—Luego no suelen resultar bien hechos; los patrones cortados engañan mucho.

—Sí; resultan cursis siempre.

—Aconséjame tú, Rosario; tú eres mi maestrita.

—Iremos esta tarde a las tiendas.

—Y de paso por la perfumería; es maravillosa esa agua que te pones en la cara; estás muy guapa.

Aquello las amistó de nuevo.

Así siguió la costumbre de venir casi diariamente Luisa a verla para ocuparse de la confección de sus vestidos. Con su conversación alegre, lijera, pasando de una cosa a otra, le iba dando cuenta del estado de sus amores. Empezaba por reirse de su adorador. Antonio era un muchacho bobalicón que no la comprometía y con el cual podía permitirse esas expansiones que no había gozado jamás en su vida provinciana.

—Ya traigo mi blusa acabada decía un día.—¿Está bien,

verdad? Un poco grande el descote tal vez... Anoche la estrené. Estuve en un cine con Antonio. ¡Si vieras!... Parecíamos dos novios; estaba entusiasmadísimo... y al salir tomamos chocolate. Le dije a tía Petra que estuve contigo y le conté la película. La pobre, con su reuma, está fastidiada. Mira qué medias de seda me acabo de comprar.

Rosario se dejaba llevar de aquel encanto, de aquella verbosidad de su amiga. Se había acostumbrado a pesar suyo a aquella especie de tercería que le había impuesto; tenía aquella aventura de la otra el encanto de una novela que iba hojeando poco a poco, un folletín cuya continuación esperaba y que iba engendrando en su espíritu una inquietud vaga, indefinible, malsana.

La confidencia era cada vez más escabrosa. Luisa se había enamorado con toda la vehemencia de su carácter y Antonio resultaba uno de esos profesionales del amor que aprovechan las lunas de miel que les depara el acaso apurándolas hasta la saciedad.

La naturaleza ardiente e ingenuamente perversa de Luisa encontraba en aquel cariño todos los excesos y todos los transportes que había soñado. Se apasionaba cada vez más, y adquiría un nuevo atrevimiento para contarle a su amiga sus delirios, tratando de encubrir su capricho con un manto de pasión espiritual, de romanticismo. Se olvidaba de sí misma, de su familia, de sus hijos.

—Nadie será capaz de comprender todo lo grande de esta pasión—exclamaba con un convencimiento que dominaba el débil carácter de Rosario.

Se revelaba contra todos los obstáculos que se oponían a su felicidad y maldecía de aquel marido, convertido en tirano,

repugnante y ridículo, haciendo participar a su amiga de su horror a su vida conyugal.

—Llegará el día en que tendré que irme—lloriqueaba,—y ni Antonio ni yo podremos soportar la separación. Me moriré.

Y después de unos cuantos suspiros, le enseñaba a Rosario la nueva compra que había hecho o la hacía partícipe del nuevo proyecto que abrigaba.

Rosario se había habituado ya a aquello. Se limitaba a procurar que nadie se enterara; inconscientemente le ayudaba a ocultar su aventura, con una austeridad aparente. En el fondo, ella vivía también aquella aventura y sentía cierta envidia de su amiga. Pensaba que era una felicidad el ser así, tan inconsciente, para sentir con esa intensidad que la hacía dichosa. Ella, analítica, reflexiva, no sería feliz jamás. La embriagaba la alegría de Luisa, aquel perfume de amor que se exhalaba de sus ropas, un perfume acre, punzante, que no había usado hasta entonces. Le parecía que era un perfume descompuesto y combinado con su carne, especial de ella, de su amor, de su pecado, que la transtornaba a ella también.

III

—¿Pero es este el marido de Luisa?—Se había preguntado Rosario con asombro, ante aquel hombre distinguido, afectuoso, de continente noble, tan distinto del tipo que las descripciones de su amiga le había hecho concebir.

Fernando Moncayo era alto, esbelto, de facciones correctas, abundantes cabellos castaños y ojos grandes y dulces. Lo que lo hacía más simpático era la voz: armoniosa, aguda, bien timbrada, que modulaba de un modo acariciador e insinuante, lejano a toda afectación.

Luisa se lo presentaba ufana, satisfecha.

—Ves, ha llegado esta mañana a sorprendernos... pero yo no me quiero ir... es preciso que esté aquí una temporadita más con mi pobre tía, que tanto me quiere, y contigo. Tú lo convencerás.

El sonreía paternalmente ante la verbosidad de su esposa. Sería lo que ellas deseaban. Había querido que su primera visita fuese para Rosario, porque sabía que era *la mejor amiga* de Luisa. El conocía a toda su familia y había sido amigo de su difunto esposo. Ella estaba tan turbada que no sabía qué decir.

Fernando le habló de la patria lejana, le evocó lugares, nombres de amigos, que ella había egoístamente olvidado. Hacía surgir ante sus ojos la placidez de sus días felices, de su infancia, las ilusiones pasadas, y Rosario se sentía invadida de una ardiente simpatía hacia aquel hombre tan bondadoso y tan discreto. Luisa la había engañado y su conducta no tenía explicación. Pensaba que sus extravíos debían de tener fecha más antigua de la que Luisa les daba al verla tan cínica y tan segura de sí al lado del marido. Hasta llevaba su mismo perfume penetrante, aquella mezcla de jazmín y de lilas blancas que la aturdía.

—¿Por qué me has presentado a tu marido? —le preguntó con pesar en cuanto se vieron a solas.

—Te advierto—repuso Luisa—que lo has conquistado. No

sabe hablar más que de tu belleza... de tu talento... de tu bondad. Se hace lenguas de ti a todas horas.

—El también me ha parecido simpático...; creo que eres injusta con él...

—No lo conoces—saltó Luisa.—En visita, está bien; en la casa es insoportable... insoportable... No me ama ni le importo nada. Ayer, después de tantos meses de ausencia, le dije que me dolía la cabeza y se durmió a mi lado como un bendito. Como mi tía no supone que los matrimonios tengan camas aparte... No he pegado un ojo en toda la noche.

—Pero si te es tan odioso, ¿por qué no te separas de él?

¡Separarse! Ante aquella idea hubo una reacción en Luisa. No era posible, porque se produciría un escándalo que la podía perjudicar, por sus hijos, por su familia, por su posición.

—Podéis verificar vuestra separación amistosamente...; si él no te ama, tampoco se opondrá a...

El orgullo de mujer casada de Luisa la atajó.

—No lo creas...; mi marido me quiere... estoy segura...; me quiere a su modo... como él es... Además, yo no consentiría que me faltara.

Y como notase el mal efecto que la incongruencia de sus sentimientos producía en su amiga, añadió:

—A mí... por mí... me importaría poco. Es mi dignidad.

Aparecía en ella esa pasión que hasta las mujeres más alejadas de ellos ponen para defender su derecho al marido y que no suele ser más que la manifestación del derecho de propiedad.

—Pero entonces—dijo Rosario—tendrás que abandonar a Antonio...

—De ninguna manera. Estamos demasiado apasionados... Nos costaría la vida.

—¿Sabes a lo que te expones?

—¡Ya lo creo! Pero seremos prudentes. Fernando es apático... confiado... no duda de mí... Además, ya ha hecho amistad en la Sociedad de Cazadores y pasará su tiempo entretenido en lucir su puntería.

—¿No te da miedo?

—¡Bah!—repuso encogiéndose de hombros.—No es capaz de disparar más que sobre las palomas.

Parecía poner un interés especial en desdeñar y despreciar al marido, molesta de que su amiga no encontrase que tenía razón en sus apreciaciones.

Rosario quiso darle un buen consejo. Tomó un aspecto serio para recomendarle que pensara en sus hijos, en su tranquilidad, en su porvenir... La otra la atajó con un beso.

—Eres demasiado joven para predicar.

—No seas loca—insistió Rosario.—Estoy segura de que lo que te agrada de Antonio es la dificultad y el peligro. Casada con él no tardarías en aburrirte.

Luisa intentó protestar de nuevo, pero de pronto se quedó callada, reflexiva, y prorrumpió en una carcajada franca.

—Quizás tengas razón—confesó—, pero seguramente no lo sustituiría por Fernando.

¡Era incorregible aquella criatura y no había medio de tomarla en serio!

Desde aquel día menudearon más sus visitas y sus encargos.

«Di que he pasado la tarde contigo.»

«Di que hemos estado de tiendas.»

«Di que vamos al teatro.»

Por fortuna no había a quien decirle nada ni necesidad de justificación. Doña Petra estaba clavada en su sillón con el ataque de reuma, y Fernando no abrigaba la más ligera sospecha.

Con frecuencia iba a verla; se había interesado por sus asuntos un tanto descuidados durante su estancia en Madrid, y se había ofrecido a ponerlos en orden. Luisa fué la que lo propuso, y así, mientras él estaba entretenido en casa de su amiga, ella tenía tiempo de sus correrías. No desconfiaba de Rosario, a la que seguía imponiendo sus confidencias.

La joven estaba avergonzada. Unida por una ardiente simpatía a Fernando, agradecida a su bondad, sentía una repugnancia y una confusión que no experimentaba la esposa delante del traicionado; algo como si ella lo engañase también.

Luisa seguía con sus confidencias. Había roto con Antonio de un modo ruidoso, hasta estuvo a punto de decírselo todo al marido para que lo castigara, para que los matara a los dos.

Por fortuna, Juan, el amigo del otro, la consolaba. ¡Este sí que era un alma noble! Gracias a él se le hacía llevadera la vida. Le seguía proporcionando la ocasión de gustar las emociones de entrevistas arriesgadas en bailes, merenderos y restaurants, y no tenía miedo de su marido, como le sucedía, sin duda, a Antonio. Sus amores no eran esta vez tan prudentes. Juan era de esos hombres que gustan del cartel que les da el escándalo, y todos sus amigos estaban enterados de la aventura.

Rosario se desesperaba con estas confidencias, le dolía ver a Fernando en ridículo, segura de que no merecía aquello. Era una injusticia que la maldad y la falsía de una mujer cayesen sobre un hombre honrado y bueno. Como queriendo

recompensarlo y purgar la parte que su papel de confidente le daba en el engaño, redoblaba sus atenciones con el marido de su amiga; poco a poco se establecía entre ellos mayor intimidad. El iba todas las tardes, y después de trabajar unas horas en el arreglo de los papeles de Rosario, pasaba grandes ratos de conversación con ella en aquel gabinetito perfumado, tibio, encantado de la atmósfera que rodeaba a aquella mujer tan atenta, tan discreta y tan previsora.

Una tierna amistad, que no debía tardar en convertirse en cariño, los unía. Rosario, excitada por las confidencias de Luisa, sentía por el marido de su amiga toda aquella pasión romántica y peligrosa de que le hablaba ella. Amaba a Fernando hasta el punto de envidiar a su amiga y alegrarse de la ceguera que la apartaba de él. Era preciso ser una malvada para no amar a un hombre como Fernando.

En sus ratos de intimidad, él le había hablado de su mujer. No había tenido para ella más que palabras de respeto: Una criatura aturdida, inconsciente, infantil de alma como de cuerpo; uno de esos seres condenados a niñez perpetua, que hacen la desdicha de las familias a pesar de ser buenos y puros. El la quería con esa ternura paternal que inspiran los seres débiles. Era el suyo ese afecto que despiertan los niños, cuya inteligencia está aún en germen; ese cariño en el que hay algo de protector, de superior, que no atrae la confianza ni establece una compenetración.

—Es como si tuviera una hija más—decía con convencimiento.

Y sin querer establecía una comparación entre su esposa y Rosario. Rosario era la mujer; la que hubiera podido ser la compañera, en lugar de aquella graciosa muñequita

inútil, a cuya insulsez e insignificancia tenía que permanecer unido.

Una tarde, cuando Rosario se acercaba a llevarle una taza de té, envolviéndolo en una ola de perfume de jazmín, el perfume de su mujer, que en ella le parecía un perfume nuevo, la retuvo por la mano y le dijo:

—¿Por qué no nos hemos conocido antes?

Rosario tembló, pero permaneció inmóvil.

—¡Nos hubiéramos amado tanto!

La miró apasionado y vió la mirada de Rosario suplicante, triste, queriendo esconderse dentro de los ojos de él. Entonces, loco, perturbado por aquella confesión muda y sumisa, por aquel perfume carnal, la estrechó entre sus brazos y buscó sus labios, murmurando.

—¡Seremos dichosos aún!

IV

Rosario se había abandonado, se había entregado a aquel amor que llegaba aparentemente de sorpresa, pero que estaba de antemano bien preparado en su alma por las confidencias de Luisa.

En medio de su confusión experimentaba cierto deleite de vengadora. En las confidencias de la otra había algo de humillante para su amor propio de mujer, que tomaba ahora una revancha. Sin embargo, se hubiera avergonzado de que alguien pudiera penetrar en el secreto; se encontraba en ridículo

amando al hombre desdeñado por una criatura tan inferior como Luisa. Era algo así como recoger un deshecho. Sobre todo se hubiera avergonzado de la sospecha de ella. Empezaba a sentir una necesidad de que Fernando supiera la conducta de su mujer. Después de una ruptura violenta, de una separación, él recobraría su dignidad, y entonces ella podría amarlo con orgullo y hasta aparecer como un instrumento de venganza y de recompensa providencial.

Las visitas de Luisa le causaban ahora espanto. Tenía miedo de verse entre ella y su marido. Las veces que se encontraban allí se marchaban luego juntos *a su casa*, y su amiga se apoyaba en el brazo de Fernando, que en aquellos momentos tenía para ella sólo una cortesía helada.

Las nuevas revelaciones la afrentaban. Eran ofensas hechas al que adoraba y al que ya no podía defender. Los defectos que Luisa encontraba en Fernando como esposo, se tornaban para Rosario en encantos semejantes a los que su amiga hallaba en Antonio, en Juan o en cualquier otro compañero de locura.

Como una venganza de Luisa y una compensación para Fernando, se empeñaba cada vez más en su pasión. ¡Si tuviera valor para decírselo todo!

Una mañana Luisa llegó muy temprano.

—¿Vas a salir esta tarde?—preguntó a su amiga.

—Sí...—respondió vacilando por la mentira. Necesitaba estar libre para esperar a Fernando.

—Entonces diré que voy contigo...

Rosario se asustó.

—De ninguna manera... no es posible...—balbuceó.

—¡Cómo!—exclamó la otra sorprendida.—¿No quieres ya ser mi amiga?

—No es eso... no es eso, Luisa. Me comprometes... Tu marido puede venir... enterarse...

—Eres siempre la misma: miedosa... loca... Mi marido tiene esta tarde una partida de caza y no volverá hasta el lunes. Me lo ha dicho... Es un día de libertad... ayúdame.

Rosario tuvo una idea luminosa.

—¿Seguramente que Fernando irá con sus amigos de la Sociedad de Cazadores?—preguntó.

—Sí.

—Yo ceno y voy al teatro con la señora del Presidente.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—¡Qué coincidencia! En fin, como está fuera, me escaparé de casa. La tía, que se queja de no pegar ojo, duerme toda la noche como un lirón y no se entera de nada.

—¿Pero qué vas a hacer?

—Mil cosas... Una noche y un día entero de libertad, de amor... cenaremos por ahí... pasearemos en coche... ¡qué sé yo! Un día tenemos que ir las dos solas a ver ese mundo que tú no conoces. Te estás pasando la vida en tonto.

—¿Qué llevas ahí?—atajó Rosario para desviar la conversación.

—Dos camisas que acabo de comprar.

—Abultan poco.

—Es que son finísimas. Mira, un amor de encajes y de nansou. ¿Querrás creer que tengo que ponérmelas a escondidas? A mi señor esposo le parecería demasiado lujo, y mi tía se escandalizaba si las viera.

La idea de la intimidad con su marido, que suponían las frases de aquella mujer, hirió en el corazón a Rosario. Tenía miedo a una confidencia demasiado terrible.

—Voy a cambiar de perfume ¿sabes?—seguía Luisa bajando la voz, como si tuviese cierta vergüenza.—Cada amor quiere un perfume nuevo... Fernando me ha molestado demasiado esta noche... Dice que mi perfume es como el que usas tú... Compraré trébol rojo...

V

—¿Pero qué te sucede, Rosario?—preguntaba Fernando sorprendido por la actitud reservada y fría de su amante.

—Nada.

—Algo me ocultas. ¡Hemos deseado tanto este día juntos, sin separarnos... comer aquí... libres... solos. Esperaba verte feliz y te encuentro de este modo incomprensible!

Ella no pudo resistir, y con un rubor de niña le confesó los celos que sentía Fernando dió una carcajada. Le parecía un absurdo aquello. ¿Podía inspirar celos la mujer de un hombre casado a su amante?

—Tú la amas—afirmó Rosario.

—No, no lo creas, te lo juro. Ya te he dicho que es para mí como una hija. Un cariño de familia.

—Yo no me quiero oponer a su felicidad—murmuró ella con hipocresía.

El protestó creyendo sus palabras sinceras. Por más es-

fuerzos que hiciera no podría amar a su mujer, estaba convencido de ello. Corazón que se escapa no vuelve jamás a su encierro; es como el perfume que no entra de nuevo en el frasco de donde se evapora. El espíritu es tan volátil y tan sútil, tan presto para escaparse... Estaba en ella toda su ilusión, su cariño, la encarnación de sus ensueños.

Entonces Rosario se acercó a su oído para decirle aquello que la mortificaba.

—No seas niña—dijo él;—la consideración a mi mujer no tiene nada que ver con el cariño. Comprende que necesito ocultarle mi desamor... es joven... me ama... Hazte cargo de adonde pudiera conducirme un abandono completo... Me sacrifico para alhagarla...

Ella no estaba convencida.

—¡No quiero! ¡No quiero!... Yo no puedo partir tu cariño con nadie... no quiero separarme de ti... Tenemos para vivir lejos de España... vámonos...

—Si yo hiciera eso—repuso él gravemente—tú me despreciarías. Yo no puedo vivir a costa tuya... no puedo abandonar a mis hijos... Luisa es buena... no puedo, aunque no la ame, conducirme con ella así.

—Y... ¿y... si ella no fuera digna de ti?—se atrevió a formular Rosario.

Notó en él un estremecimiento general en todo el cuerpo, como el que precipita y hace temblar a esos muñecos de madera articulares, que sirven de blanco a los tiradores, cuando les ha acertado el proyectil en el punto preciso y difícil, por más que continúen después inconmovibles.

—¿Dí?—siguió ella con exasperación celosa.

—Entonces... entonces... nada le debería... nada me

ligaría a ella—balbuceó Fernando—. Pero—añadió—es una suposición absurda. Luisa es buena...

—No hablemos más de esto—interrumpió dolorida Rosario.

—¿Tú no sabes nada de ella?—interrumpió el esposo con ansiedad.

—No... en efecto... nada.

—¡Más vale así!

Rosario estaba furiosa. ¿Por qué le había faltado valor para contestar la verdad? Quizás porque había tenido miedo del dolor que iba a producir. ¿Hería su revelación sólo la dignidad de Fernando, o su amor? Ahora le parecía Luisa una rival más temible y más seria de lo que la había creído en un principio. Conocía las profundas raíces del matrimonio, que no se podían arrancar ni con el desamor, ni con la diferencia de caracteres. ¡Si las arrancara la traición!

Para borrar aquella mala impresión Fernando le propuso una calaverada. La noche estaba tan hermosa, que convidaba a salir de casa. Podían comer en un restaurant, o un café apartado, y después pasear o ir al teatro.

—Estamos tan bien aquí—dijo ella.

—Estaremos bien en todas partes—repuso Fernando.—Así tendremos más variedad de impresiones, ¿quieres?

—¿Y si nos ven?

—No te preocupes.

«Piensa sin duda en que su mujer no ha de salir de casa» —se dijo Rosario, y cediendo a los deseos de su amante fué a ponerse el sombrero y el abrigo, murmurando con secreta alegría: «Si nos encontráramos».

VI

Nunca había tenido Rosario tan próximo a ella, tan suyo, a Fernando, ni nunca lo había visto más alejado que aquel día.

Era la primera vez que Rosario pasaba el día entero con su amante. Fué una embriaguez salir con él. Cuando dentro de un coche simón, con la capota bien echada, paseaban por el Paseo de la Castellana, al aire libre, bajo el manto estrellado del cielo, le pareció que su amor tenía más capacidad, más solidez, que se afirmaba más. Miraba a las gentes que pasaban, a los otros coches que seguían el mismo camino con paso tardo, como si ya no tuviera miedo de ser vista, como si ella también hubiera conquistado un derecho a la vida y al amor.

Sin duda influía en su alegría el vinillo apurado en la cena. Sintió miedo y vergüenza de entrar en aquel cuarto reservado del restaurant. Le pareció que la miraban todos; pero luego, el respeto de los criados, el comedimento delicado de Fernando, la tranquilizaron. Comprendió que no debía gastar mimos y ñoñeces; para ir a aquellos sitios era preciso ponerse a cierta altura. Tomó la lista y pidió las cosas que a ella le parecían más distinguidas: ostras, langostinos, aceitunas, riñones, pollo asado... Para elegir los vinos miraba los precios, segura de que el más caro sería el mejor: Burdeos,

Oporto, Champagne... La cabeza le daba vueltas, y cuando salió de allí llevaba un aire arrogante, algo del torero, que sale a pedir las llaves y que hacía a los transeuntes volver la cabeza.

Llevaban cerca de tres horas paseando y ya el caballo y el cochero se adormilaban por igual. El le propuso dar un paseo a pie. Bajaron en la plaza Mayor; sin darse cuenta la seducía siempre el encanto de aquella gran plaza que conservaba su carácter medioeval, tan silenciosa y tan solitaria a aquella hora. Cogidos del brazo, daban la vuelta delante de las arcadas, con sus grandes faroles encendidos, que le prestan un aspecto de ciudad italiana.

—Aquí se realizaban los autos de fe—dijo él evocando ese recuerdo vulgar que domina sobre la belleza del lugar para la multitud.

Ella se estrechó contra su brazo.

—¡Qué miedo!

—¿De qué?

—No sé... Me parece que estos sitios donde han muerto muchas gentes asesinadas no están solos... que muchos de esos muertos viven aquí... No sé... es algo que no puedo explicar.

Bajaban la escalerilla que conduce a las calles contiguas que se extienden hacia la plaza de la Villa.

—Vamos a volvernos—dijo él.

—No—repuso Rosario.—Es delicioso esto... da la ilusión de que ya no estamos en Madrid, es otro pueblo, otro mundo... ¿No ves qué casas tan grandes, tan antiguas, tan señoriales?... Seguro que en esa del gran escudo sobre la puerta vive un marqués.

—¿Te gustaría que viviéramos ahí?

—No. Preferiría una casa muy chiquita... dos habitaciones nada más... así estaríamos más juntos.

Y abusando de la soledad de la calle levantó la cara hacia Fernando ofreciéndole un beso.

Habían dado la vuelta y volvían otra vez desde la calle Mayor hacia las arcadas. Una churrería dejaba escapar su luz y su penetrante olor de aceite por la puerta abierta.

El propuso.

—¿Quieres que entremos?

Ella aceptó palmoteando. Aquella cosa tan sencilla le parecía el colmo de la calaverada. Gozaba pensando que llamaba la atención su aspecto de gran señora entre aquella pobre concurrencia. Quizás la creían una princesa disfrazada. Para ser más demócrata, sonreía a los mozos y apuraba los vasillos de aguardiente.

Después casi no se acordaba de nada. Fernando le subió la escalera de la casa medio en brazos. Suerte que no la habían visto ni el sereno ni las criadas. Se había quedado dormida cerca de él... y lo había sentido irse sin darse cuenta, devolviendo maquinalmente los besos que le daba y sin abrir los párpados para que no se le escapara el sueño aprisionado dentro de ellos.

Ahora su alejamiento se le hacía irresistible... lo seguía con la imaginación y lo veía irse de entre sus brazos para ir a reanudar su sueño al lado de su mujer... ¿Al lado?...

Jamás se le había aparecido aquello tan claro, porque siempre se habían separado a otra hora, después de momentos menos íntimos. Recordaba las revelaciones que le había hecho Luisa el día antes... la disculpa que él le había dado. Sí; la única engañada de todos era ella, la única fiel.

Tal vez el estado pasional que Luisa conservaría de su amante y el que Fernando llevaba de su lado uniría al matrimonio. Era monstruoso seguir así. Era preciso un arranque grande, noble, de lealtad, de sinceridad, y ella debía tenerlo; despejar las ituación era una obligación, una exigencia imperiosa. El conflicto se acentuaría, de seguir así, cada día más, y un día todo habría de descubrirse. Ya varias veces, la distracción de Fernando había hecho que no cogiera el embuste de su mujer diciéndole que había pasado la tarde con ella, cuando a él le constaba lo contrario.

Si ella no era su confidente, Luisa, que no podía callar, se confiara a alguna de sus amigas. ¿A cuál? Estaba segura de que ninguna sabría callarlo, y la aterraba la idea de que las nuevas confidencias de su mujer hicieran mayor el escarnio de su amante. Ella era celosa de su honor como una verdadera esposa.

Todas aquellas consideraciones pesaban en su ánimo. Si todo había de saberse, ¿a qué esperar que aquella lucha estéril agostara sus ilusiones? Mejor era revelarlo todo a Fernando; él la amaba, comprendería cuánta pasión había en aquel acto, cuanto celo por su amor y por su dignidad. El se separaría de aquella mujer para siempre. Sería suyo.

Escribió la carta y la envió a su destino.

VII

Aquellas dos semanas sin noticias habían tenido valor de una enfermedad. Sin sueño, sin apetito, presa de una fiebre ardiente, había visto pasar día tras día sin ninguna noticia, en medio de la más viva ansiedad.

Cada vez que el timbre anunciaba la llegada de una visita experimentaba una sensación dolorosa; por fortuna nadie llamaba con tres campanillazos como él. Se hubiera sentido morir después de una invocación así. ¿Por qué no venía? ¿Por qué no le escribía Fernando? En los primeros días tenía tal temor de algo trágico, terrible y justiciero de su amante, que le daba miedo de abrir los periódicos. Después, así que los recorría con la vista, era como una decepción no hallar el crimen que esperaba, que temía, que la espantaba, y sin embargo parecía necesitarlo.

No tenía duda de que había recibido la carta, se lo decía la misma ausencia de él y de Luisa. Tal vez desenamorado de su mujer, Fernando no había tenido ese arranque de pasión que provoca la venganza, y con su carácter ponderado y unánime rompía todos los lazos que los ligaban. Pero en ese caso, ¿por qué no venía a verla? ¿Se había vuelto también su indignación contra ella? ¿La habría calumniado Luisa? Quizá se creía en ridículo al ver que ella sabía su vergüenza de marido engañado y no se atrevía a presentarse.

No podía soportar más aquella incertidumbre que la mataba. Necesitaba enterarse. ¿Cómo? Mil proyectos acudían a su imaginación y los desechaba prontamente. Ella no podía escribirle ni ir a su casa; tenía que buscar noticias de un modo indirecto y no se atrevía a dar un paso.

Ninguna de las amigas que venían a verla le decía nada, y ella no tenía valor para preguntar.

Todas la encontraban mal.

—Estás pálida.

—Muy delgada.

—Tienes fiebre.

—¿Qué te pasa?

Ella disimulaba. Nada, un lijero catarro que la tenía cerca de un mes en casa. Se revestía de frivolidad para hablarles de trapos y modas, para comentar el último crimen y la última novedad de teatros. No le hablaban de lo que deseaba saber y se iban recomedándole.

—Cuídate.

—Sal.

—Distráete mucho.

Ella lo ofrecía sonriendo, pero al quedarse sola la invadía una tristeza de muerte. ¿Habría perdido para siempre a Fernando? ¿Podría ella ya acostumbrarse a su vida monótona y solitaria después de aquella pasión entrevista? Comprendía que no, y al mismo tiempo se sentía incapaz de poder amar a otro hombre como había amado a Fernando, con aquella ilusión, aquella fe sencilla, aquella estimación tan profunda. Tal vez ella, sin darse cuenta, lo había amado, tanto como las heroinas de Shakespeare, porque lo había compadecido mucho. Su imaginación volvía sobre las escenas de amor tan

tiernas y tan cercanas, comtemplaba toda su felicidad deshecha. No le cabía duda de que Fernando la amaba y sufría como ella. ¡Qué solo y qué triste debía estar apartado de su lado y rotos, como ella imaginaba, todos sus lazos de familia. ¿Qué haría para consolarlo?

Al fin se atrevió a preguntar, aprovechando la visita de sus amigas las de González, segura de que aquellas tres hermanas, que no tenían más oficio que visitar y meterse en todo, le darían noticias.

—¿Habéis visto a Luisa?

—¿No viene por aquí?—respondió la mayor, contestando con otra pregunta.

—No...

No es estraño—intervino la pequeña—está atareadísima con las compras para irse a Albacete... Está guapa... Madrid le ha sentado divinamente.

—¿Y... va... con su marido?

—¡Natural!—dijo la otra—el marido está tan enamorado de ella, que no se separa de su lado un momento.

—Son un matrimonio ejemplar.

—Dan envidia.

—Si parecen novios. Hacen una vida de restaurantes, de diversiones como dos chicuelos.

—La tía está encantada. La otra tarde me confió que antes del viaje a Madrid no se llevaban tan bien.

Rosario no podía hablar y hacía esfuerzos porque su emoción no saliera a su semblante.

—Es natural—siguió la hermana mayor—las mujeres casadas en las provincias, se abandonan. Esta sería una chiquilla insoportable, y aquí se ha transformado, es otra.

—Algo de eso debe a Rosario.

—¿A mí?

—Natural... le has enseñado a ser elegante. El marido se ha encontrado a la chicuela convertida en mujer y se ha enamorado de ella, dejándose de cazas y tonterías.

—¡Y luego dirán que Madrid pervierte!—dijo graciosamente Rosario haciendo un esfuerzo supremo al notar que sus amigas hablaban demasiado del asunto para hacerlo de un modo inocente.

Su amor propio le dió fuerza para lograr el más perfecto disimulo. Pero cuando las tres hermanas se despidieron, Rosario se acercó al espejo del perchero del pasillo y se miró. Quería verse para cerciorarse de que estaba despierta, de que no soñaba, de que era ella misma. Nunca había pensado en tal desenlace, era lo inesperado que surgía provocado por ella, la única víctima de toda aquella historia... Aquel hombre se había apasionado de su mujer, culpable, como jamás se hubiera apasionado de su mujer casta y sencilla, ¡y le parecía tan austero! Era el aroma de pecado, aquel aroma picante que a ella también la mareaba; que trastornaba su pensamiento. Ella le había revelado que la esposa, que él creía una niña frívola era una mujer, muy mujer y muy perversa en su ingenuidad aparente, y aquella revelación se lo había entregado a la otra, apartándolo de ella para siempre; ¿pero y Luisa? Indudablemente había sido tan acogedora para la inesperada pasión del marido como para la de sus amantes.

Sintió una llamarada de vergüenza al pensar que Luisa lo sabía todo, y que había triunfado sobre ella, haciéndose perdonar, amar, humillándola.

Volvió a mirarse como para darse fuerzas. Tenía el ros-

tro pálido, los ojos febriles, se contempló como si fuera otra, como si escuchase un consejo, algo que se elaboraba en su espíritu. Todo era ya inevitable. Pasado el momento de crisis se tranquilizó. ¡Era tan absurdo todo! Experimentó como un alivio de verse lejos de aquellos seres que habían invadido su vida, que la habían aturdido, que le habían hecho padecer una tortura, una sugestión. Otra vez volvió a pensar en el perfume, en aquel perfume de jazmines de Luisa que se le había subido a la cabeza y le había hecho estar enferma.

Y como resumen de toda aquella historia trágica en la que todo era tan sencillo como inesperado, surgió su resolución enérgica e inquebrantable.

—Hice mal en imitarla. Cambiaré de perfume.

Imp. «La Gutenberg»
c. Salvador Giner, 9
Valencia

EDITORIAL HESPERIA

Atocha, 24.--MADRID

IMPRESCINDIBLE EN TODA BIBLIOTECA

PRECIO 2 pesetas

MIS MEJORES ESCENAS

por JACINTO BENAVENTE

Sus páginas más notables y bellas. Una joya literaria, inédita.-Prólogo explicando la razón de sus preferencias.

Portada a todo color de K-Hito.

NOVEDAD DE OCTUBRE

PRECIO 2 pesetas

SIN UN CUARTO

La distracción más económica para un viaje, por

PEDRO R. DE ALARCÓN

Novela toda interés del Maestro de la Novela : Portada bicolor de Tofoli

PRECIO: 50 céntimos

GUÍA DE FERROCARRILES «TURISMO»

La necesaria para el viajero : La más práctica : La más completa y sobre todo, la más barata : PRECIO: 25 céntimos.

De venta en todas las librerías y en la Editorial Hesperia que las remite libre de todo gasto

Gran Taller de Fotograbado

Estanislao Vilaseca

c. Alboraya, 18, bajo

VALENCIA

Lea V. todas las semanas

La "Unión Ilustrada"

Semanario de información gráfico-mundial. Unico de su índole en la Región Andaluza.

20 céntimos en toda España.

Lea V. **"La Unión Mercantil"**

Diario de intereses generales de Málaga. **5 céntimos**

De venta: Victoria, 11. pral.

Representante en Valencia: VICENTE PASTOR

CHARLOT

SEMANARIO — FESTIVO

Número suelto: 10 céntimos.—Atrasado: 20

Representante en Valencia: VICENTE PASTOR. Victoria, 11, pral.

POR UNA PESETA PUEDE USTED ADQUIRIR UN MAGNÍFICO AUTOMÓVIL «MAXWELL»

De 25 caballos, con arranque bocina y alumbrado eléctricos; que *REGALA* el *Comité del Monumento al Dr. Moliner* a todo el que remita *un donativo de UNA PESETA* para la suscripción popular.

Se admiten donativos en la administración de esta Revista.-Victoria, 11, pral.

PIRIPITIPI

Revista de espectáculos y actualidades

Precio: 10 céntimos

Esta acreditada revista, lleva publicados 16 números y en cada uno ha insertado la reseña completa de una obra teatral.

LAS RESEÑAS HAN SIDO PUBLICADAS POR EL ORDEN SIGUIENTE

N.° 1 Maruxa.	N.° 9 Diana Cazadora.
» 2 D. Juan Tenorio.	» 10 Las princesitas del dollar
» 3 Sybill.	» 11 (dedicado a las «Fallas»)
» 4 En Sevilla está el amor.	» 12 Corceleras.
» 5 El haren.	» 13 El barbero de Sevilla.
» 6 Las Golondrinas.	» 14 Juegos Malabares.
» 7 La Generala.	» 15 La Ciudad Alegre y Confiada
» 8 El nido del principal.	» 16 Las Musas Latinas.

—— Para pedidos dirigirse a la administración central de ——

LA NOVELA CON REGALO.—Victoria, 11.—VALENCIA

Cupón N.° 5

Valedero para cangear, al llegar al cupón núm. 26, por las elegantes y magníficas tapas que se regalan para encuadernar los números publicados en cada semestre de LA NOVELA CON REGALO.

Para ser entregadas las tapas, es indispensable la presentación de los 26 cupones.

Papel de LA PAPELERA ESPAÑOLA — Imp. «La Gutenberg».-Valencia